

LIBROS

Del mito a la frustración



Toda declaración de derechos humanos es resultado de un pacto entre una izquierda «reformista» y una derecha «moderada». De él quedan excluidos tanto el grupo revolucionario que provocó la modificación del «statu quo» como el conservador extremista que pretendía mantenerlo a ultranza. Así pues, toda declaración de derechos humanos supone una serie de concesiones por ambas partes contratantes. Tras el aliento revolucionario aparece la institución conservadora, y las violaciones cotidianas a los derechos proclamados muestran en seguida hasta qué punto la realidad sigue alejada del programa. Las conquistas son siempre precarias; sin embargo, el sentimiento de fracaso que se produce tras el pacto en las generaciones contemporáneas a su formulación abre nuevas aspiraciones insatisfechas que se convertirán en motor de otros posibles movimientos revolucionarios.

Esta es la tesis expuesta por Haro Tecglen, nuestro comentarista de política internacional, en la obra que hoy presentamos: «Una frustración: los derechos del hombre» (Aymá, S. A., Editora).

Eduardo Haro Tecglen (Madrid, 1924) es un profesional puro del periodismo. Hijo de periodista, se inició muy joven en la Redacción de «Informaciones», en la que cumplió tareas tan variadas como la crítica literaria y la correspondencia en el extranjero (en París). Ha desempeñado todos

los cargos, desde el oficio de redactor hasta el de director («España de Tánger»). Sus artículos de política internacional en TRIUNFO a lo largo de los seis últimos años han demostrado el rigor de un intelectual que posee un bien trabado sistema de ideas, la solvencia informativa del periodista que maneja una documentación exhaustiva y la exposición diáfana y funcional del profesional que entiende su quehacer como vocación didáctica.

La amplia cultura de Haro Tecglen —bien dosificada en sus artículos semanales al hilo de la actualidad— queda patente en la obra que nos ocupa. Se trata de una síntesis histórica en la que con gran riqueza de datos se describen los principales movimientos que han ido cumpliendo —y frenando— las siempre crecientes aspiraciones del hombre a los ideales de igualdad y libertad, desde «la oración fúnebre» de Pericles —primer documento de los derechos del hombre— hasta la redacción de la Declaración de la ONU por «los enciclopedistas de la era atómica», las conferencias del Tercer Mundo y la Tricontinental de La Habana. Con suma agudeza el autor nos va descubriendo la maniobra conservadora que hay detrás de cada institucionalización de derechos humanos y su contenido de clase, las relaciones de subordinación de los sujetos al pacto y las peculiaridades reservadas según el sexo, la raza o el grupo. Es preciso decir que el autor ha procurado dejar subyacente la teoría a la descripción de los hechos, de tal modo que el libro tiene la amenidad y la eficacia de un relato.

No sería justo afirmar que las conclusiones del libro son pesimistas. Efectivamente, se advierte el desgarramiento del autor ante los crímenes que diariamente se cometen contra personas, grupos y naciones. Por su oficio, el autor se ve obligado a dar cuenta semanal de dichas violaciones en Vietnam, Biafra, Checoslovaquia, Santo Domingo, Haití, Rhodesia, Norteamérica... Luis de Villeteose —dice— necesitó cuatrocientas páginas para inventariar las cometidas entre 1953 y 1964. En estas circunstancias resulta difícil mantener un optimismo histórico; sin embargo, la mejor prueba de que para el autor la frustración es sólo relativa es el hecho mismo de este libro, escrito, sin duda, con la esperanza de

contribuir de algún modo a la liberación del hombre. El realismo que preside la exposición no permite substituir las conquistas históricas, sino sencillamente constatar que la marcha de la humanidad está cuajada de fracasos al tiempo que de liberaciones, y que siempre quedará un sentido para dar sentido a la lucha del hombre por unos derechos cuyo contenido no es posible precisar de una vez por todas, sino que varía y se amplía progresivamente. Porque —escribe E. H. T.— «las libertades que en cada momento se consideran como máximas son mínimas respecto al momento siguiente... y, por tanto, los derechos del hombre no son más que una estructura continuamente revisable». ■ C. ALONSO DE LOS RÍOS.

Meditación de la muerte y poesía civil



Enrique Badosa, crítico y poeta de ya larga obra, conoce bien la poesía de Cataluña y más que bien la de Salvador Espriu, cuyo curso ha seguido libro a libro. Nadie, pues, con más derecho que él para llevar a cabo un examen de esta rica obra y un análisis de su diverso contenido, con respecto al cual Badosa adopta una actitud personal que no coincide con otras; actitud expuesta en la introducción al libro «Antología de Salvador Espriu», por él presentado en la colección «Selecciones de Poesía Española», de Plaza-Janés, en el texto original catalán y en versión castellana.

Badosa señala con acierto que gran parte de la obra de Espriu, sin duda el máximo poeta catalán de los últimos treinta años, constituye una

La segunda vida de Jorge Semprún



El lunes, día 24, fue concedido a Jorge Semprún el Premio francés Femina, en el Cercle Interallié de París, por su novela «La deuxième mort de Ramón Mercader» (Gallimard). Semprún recibió siete votos y Robert Samitier cuatro, por «Allumettes suédoises» (Albin Michel). El Femina es uno de los tres grandes premios literarios franceses, con el Goncourt y el Renaudot.

En el año 1963 se publicó el primer libro de Jorge Semprún, «Le grand voyage». Tenía cuarenta años. Estaba empezando una segunda vida. Prácticamente estaba comenzando, por la vía literaria, una contemplación de lo que había sido, hasta entonces, su vida. Su primer libro era la historia del niño que fue, de un niño que, a los trece años, era ya prisionero en un campo de concentración nazi, cerca de Weimar. Es una manera insólita de entrar en la vida. Jorge Semprún había entrado por la vía habitual de una cierta clase elevada a la que pertenecía: de la mano de una «fräulein» en el Retiro, en los salones y jardines de la Embajada de su padre —Semprún Gurroa—, con la sombra dolorosa de la muerte prematura de su madre —Susana Maura, hija de don Antonio, hermano de Miguel—. El «gran viaje» le iba a llevar de pronto la vida del «maquisard» a las torturas de la Gestapo y luego a una superposición de personalidades, de vidas dobles, y aun de vidas de doble o triple fondo. Parece como si, de pronto, a Jorge Semprún le hubiese tallado el conocimiento de su identidad. En el fondo, toda obra literaria es una investigación de la identidad. En la obra de Jorge Semprún es una obsesión casi morbosa. «Le grand voyage» es todavía un ejercicio casi directo, casi simplemente autobiográfico, con algunas transparencias, con un distanciamiento que podría, a primera vista, confundirse con el del tiempo transcurrido entre el episodio que vivió y la época de contarle (diecisiete años). En el segundo libro, «L'évanouissement», el desdoblamiento es un hecho concreto, es la técnica fundamental de la narración. Desde un desmayo, desde una pérdida parcial de conocimiento, el personaje autor se ve a sí mismo como si fuera otro, y aun otros, y el mismo tiempo como a sí mismo. En su tercer libro, «La deuxième mort de Ramón Mercader», que acaba de obtener el Premio Femina, la multiplicación de situaciones y tiempos cronológicos es paroxismal. Hay un juego triple entre el Ramón Mercader —llamado también Jacques Mornard— que asesinó a Trotsky en México, un niño español llamado también Ramón Mercader, que fue llevado a la URSS en nuestra guerra civil y que murió allí, y un agente de información soviético que toma la personalidad, el nombre —y, finalmente, la casa y la familia— de ese niño. Este trío de Ramón Mercader se entremezcla, se acopla, se separa, se identifica, se disuelve continuamente. Aparece y desaparece, a veces como simple fondo, a veces como algo más, la familia Semprún. Hay una desolada trama —dialécticamente combinada— de espionaje y contraespionaje, un poco a la manera de John Le Carré. Hay una larga biografía de la sangre vertida en la revolución, de la sangre útil y la sangre inútil, de la revolución ganada y la revolución perdida. Hay una mezcla de luz y de desesperación. En la enorme riqueza de esta obra hay, además, un estilo, un lenguaje que el niño extranjero debió superar en las aulas del Liceo Henri IV y que ahora devuelve a los franceses, quizá con una cierta altanería, como la otra «hija», María Casares, los arroyos su prosodia de tragediante perfecta desde lo alto de los escenarios. Haber nacido en España en 1923 ha supuesto, a veces, una curiosa aventura. La primera vida de Jorge Semprún desemboca ahora en esta segunda vida literaria, con tres novelas publicadas en seis años, quince de cine como «La guerre est finie» y «2» y una amplia mesa de trabajo en el Boulevard Saint-Germain —balcón a la terraza del Flore y del Deux Magots—, donde tal vez en este momento haya tres obras comenzadas: un intento de autobiografía directa, una novela en castellano —una dama feudal de un pueblo español hace repetir cada año la escena del asesinato de su marido— y la adaptación cinematográfica de «Under the volcano», de Malcolm Lowry.

■ E. HARO TECGLEN.

"meditación de la muerte". Creemos justa la apreciación porque, aun cuando el contenido pueda asimismo entenderse como una meditación sobre el tiempo o sobre la condición humana, ambos supuestos descansan necesariamente sobre idéntica concepción, siendo la muerte esencia de uno y límite insuperable de la otra. En nuestra opinión, palpita en el fondo del período de la obra de Espriu, que se cierra en 1966, la problemática fundamental del existencialismo. La operación analítica de Badosa es cierta y clara en su exposición. El crítico se va deteniendo sucesivamente en los libros de Espriu pertenecientes a esta etapa. En "Cementerio de Sinera" (Sinera: nombre simbólico. *Ar en ys*, invertido), "Las horas", "Mrs. Death", "El caminante y el muro", "Las canciones de Ariadna" y "Final del laberinto". En Espriu se da la poesía no solamente como comunicación, sino también como medio de conocimiento, y su lenguaje se halla "lejano de artificios". "Por don poético —dice Badosa—, el lenguaje de Espriu es nuevo y a la vez tradicional. El poeta ha empleado su imaginación verbal no en elaboraciones de barroquismos expresivos, sino en la consecución de una claridad, de una sencillez, de una pulcritud y pureza —no de una asepsia— a las que en seguida confiere un giro de buena retórica personal y distintiva". Hay también en Espriu, y el antólogo y traductor lo advierte, una vena satírica

que, al manifestarse ("Las canciones de Ariadna"), se produce como "la única actitud crítica que puede permitirse el poeta lírico... mediante la ironía y el sarcasmo elevados a categoría estética y a categoría de función cártica".

Lo formal se caracteriza, en este período de Espriu, por su economía expresiva, su sencillez; el contenido, por otra parte, está informado por un clima bíblico que proviene, sin duda, de sus lecturas, entre las que figura en primer término el "Eclesiastés".

Marca otra etapa diferente, si es válido hablar de etapas en su obra y no de un proceso de enriquecimiento, "La Pell de brau", "La piel de toro", singular aportación a la llamada poesía civil. Para Badosa, quizá por razones polémicas, este libro es "el árbol que no deja ver el bosque". El crítico prefiere la obra más metafísica de Espriu, superior, en su perspectiva, a la "poesía comprometida" última. Badosa pide que "La piel de toro" se entienda situada en el contexto de la obra total del poeta y no aisladamente, porque todos sus libros "dan sentido a un itinerario de experiencias poéticas".

Es muy probable que esta "Antología de Salvador Espriu" que Badosa acaba de publicar en catalán y en castellano entienda de nuevo la discusión. Esta será fecunda si viene con voluntad clarificadora, sin apasionamiento. ■

EDUARDO G. RICO.

EL SESAMO, PARA MARIN MEDINA

Otra edición del Sesamo. Tomás Cruz mantiene vivo, contra mil dificultades, un clima de interés hacia el concurso que subsiste en virtud de su mecenazgo. La pequeña historia del Sesamo, hay que reconocerlo, ha sido brillante.

En la noche del 20 de noviembre se concedió, tras una cena que tuvo lugar en la «cueva», y a la que asistieron críticos madrileños, así como una extensa representación de la prensa, la radio y la televisión, el correspondiente a 1969. Nombres ya muy conocidos —como los de Fernando Quiñones, Jorge Ferrer Vidal, Amado Blanco (el embajador de Cuba en el Vaticano), Clara Janés, Plans, Morales, etcétera— avalaban la calidad de esta «final» literaria. El Jurado, compuesto por Rafael Vázquez Zamora, Dámaso Santos, Juan Antonio Cabezas, Raúl Torres y el editor Francisco Izquierdo (que publicará la narración premiada), concedió este Sesamo a un casi riguroso novel, el profesor José Marín Medina, que ejerce su oficio en la barriada de Vallecas, autor de «La atadura».

El premiado —ex seminarista, escritor especialmente preocupado por los problemas formales— explicó apresuradamente a los informadores que le rodearon cuando se conoció la decisión, las características de su trabajo, un relato cuyo tema se basa en la soledad del individuo y su búsqueda de la liberación.

«La economía española, 1968. Anuario del Año Económico»



Concebido como instrumento de trabajo, este «Anuario del Año Económico» supone un serio intento de reunir, ordenar y dotar de un significado preciso a todo un conjunto amplio y disperso de materiales informativos sobre la economía española, tratando, de esta manera, de contribuir a elevar el nivel de información sobre problemas económicos del país, tarea imprescindible para poder formular juicios y objetivos adecuados.

Dividido en cinco grandes capítulos, se recoge, en el primero, un informe valorativo de los principales aspectos de la política económica española en 1968, haciendo hincapié en los condicionantes y limitaciones del actual sistema productivo. En el segundo se realiza una selección muy amplia de las más importantes y significativas posiciones y actitudes que sobre la Banca se han explicitado a lo largo del año pasado a través de la prensa, especializada o de información general. Los tres últimos capítulos se dedican, respectivamente, a la cronología del año económico, a una selección de la legislación económica y a una bibliografía sobre economía española, capítulo este último en el que se recogen más de 1.100 títulos de trabajos aparecidos durante 1968.

Dirigido por tres profesores de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid, colaboradores habituales de TRIUNFO, este primer Anuario supone una aportación muy considerable al conocimiento de la realidad económica española, hecho que se pondrá aún más de relieve con la aparición de sucesivos volúmenes en los próximos años. El libro ha sido editado por EDICUSA.

CINE

Encontré yugoslavos inquietos

El cine yugoslavo es tan desconocido entre nosotros como puedan serlo el húngaro o el checoslovaco. Y me refiero a estas cinematografías porque son, en la actualidad, las que marcan un más alto grado de interés artístico y crítico, no sólo dentro de la producción cinematográfica del campo socialista, sino en un plano internacional. La crítica francesa, que es la que pone de moda una u otra tendencia, llamó la atención respecto al cine yugoslavo gracias a dos nombres: Aleksandar Petrovic y Dusan Makave-



«Cuando esté muerto y livido», de Zivojin Pavlovic.

jev. Del primero hemos visto en salas de arte y ensayo «Encontré zingaros felices». Del segundo, «El hombre no es un pájaro», distribuida por la Federación de Cine-Clubs. Como siempre, poca cosa para hacerse una idea de la verdadera entidad de una cinematografía que ha empezado a destacarse del conjunto de la producción del bloque socialista. El Ateneo de Madrid ha organizado una Semana de Cine Yugoslavo, compuesta de seis films —aunque no se proyectaron más que cinco—, que contribuye al conocimiento de algunos títulos característicos de esta cinematografía.

Los dos films «vedettes» del ciclo eran «Llueve en mi pueblo», de Aleksandar Petrovic, y «Cuando esté muerto y livido», de Zivojin Pavlovic. No hubo sorpresa en ningún

caso, ya que «Llueve en mi pueblo» confirma la opinión que se había podido formar del autor de «Encontré zingaros felices»: un folklorismo complaciente y frívolo, un «modernismo» de la puesta en escena absolutamente hueco, un compromiso político con la reacción lamentable. Salvando todas las distancias, y para entendernos, al ver «Llueve en mi pueblo» se piensa en una mezcla de las zarzuelas televisivas de Orduña y de las películas virulentamente anticomunistas de Rafael Gil de hace unos años.

«Cuando esté muerto y livido» señala el punto más alto de interés de este ciclo. Su autor, Zivojin Pavlovic, es asiduo a Festivales —hace dos años consiguió en Berlín el Oso de Oro por «Las ratas»— y cuenta con cuatro films en su haber, a través de los cuales se manifiesta una conciencia lúcida, una actitud crítica responsable, en las antipodas de la desventoladura reaccionaria de Petrovic. Guionistas de «Cuando esté muerto y livido»

son Gordan Miric y Ljubisa Kozomara, realizadores de «Las cornejas», el otro film importante de los cinco exhibidos en el Ateneo.

Tanto en uno como en otro film se expresa, con bastante claridad, la que parece ser característica reveladora de este nuevo cine yugoslavo: una imperiosa necesidad de liberación, de huida, de rechazo de una circunstancia dada. La idea se manifiesta, narrativamente, por medio de un continuo peregrinar de los personajes a través de diversas ocupaciones inestables, provisionales, y siempre viajando de un lugar a otro, sin enraizarse en ningún sitio. De algún modo, tal problemática aparece también en «Mi parte en el mundo», de Vlatko Filipovic. Aquí se trata de una localidad desértica por los hombres que, en tiempos de